

EL MISTERIO DEL COLEGIO NAVIDEÑO



06DUMC_09SFA

Índice

Un descubrimiento inesperado	3
La advertencia de la directora	5
La búsqueda comienza.....	9
El mapa secreto	12
La decisión de partir	14
El viaje hacia lo desconocido	16
El descubrimiento de la base secreta	17
La revelación del Dr. Frost	18
La batalla en el laboratorio	20
La navidad salvada.....	22
Un futuro lleno de posibilidades	23

Un descubrimiento inesperado

Era diciembre en el Colegio San Alberto Magno, y la Navidad se sentía en cada rincón del edificio. Los pasillos, adornados con guirnaldas de colores y luces brillantes, reflejaban la calidez que caracterizaba esas fechas, mientras el aroma a pan de jengibre y chocolate caliente llenaba el aire. El patio central del colegio, cubierto de nieve, se transformaba en un pequeño paraíso invernal, con un gran árbol de Navidad que destacaba entre las luces y las decoraciones. Todos los estudiantes estaban llenos de entusiasmo, ansiosos por las vacaciones que se avecinaban, pero para Sofía, Pablo y Ana, la rutina parecía demasiado tranquila.

suavemente entre sus dedos. Los papeles parecían antiguos, pero lo que más le intrigó fue una carta que sobresalía entre ellos. Estaba fechada en 1953 y firmada por alguien con el nombre "Dr. Frost". El contenido de la carta era inquietante: menci Un día, mientras pasaban su hora libre en la biblioteca, buscando información para un proyecto escolar sobre los antiguos científicos del colegio, Sofía tropezó con algo inesperado. En una esquina polvorienta, empotrada entre viejos tomos de historia, encontró una carpeta de cuero marrón, que parecía haberse olvidado por años. Al abrirla, el aire frío y mustio de los documentos antiguos se escapó, como si la carpeta hubiera estado sellada durante décadas. Dentro, había varias cartas amarillentas y un mapa de trazos complicados, pero lo que más llamó su atención fue una carta fechada en 1953, escrita por un tal "Dr. Frost". El nombre no les decía nada, pero la carta parecía ser una comunicación oficial dirigida a la directora del colegio. En ella, el Dr. Frost hablaba de un misterioso viaje que había planeado a la Antártida, acompañado de un extraño proyecto que involucraba un artefacto llamado "La Estrella de Hielo". A medida que Sofía leía en voz baja, su pulso aceleraba: el contenido de la carta hablaba de algo mucho más grande y peligroso de lo que podrían imaginar. Sus ojos brillaron con curiosidad. Algo dentro de ella le decía que ese era el principio de un misterio que no podían dejar pasar.

Sofía, animada por la curiosidad que siempre la había caracterizado, decidió adentrarse en aquel rincón olvidado de la biblioteca. Las estanterías estaban cubiertas de polvo y los libros parecían hablar de épocas pasadas. Mientras recorría los pasillos estrechos entre las estanterías, algo llamó su atención. En la parte inferior de una vieja estantería, semioculta detrás de unos libros gruesos y desgastados, había una carpeta de cuero marrón que parecía haber estado allí durante décadas. El cuero estaba gastado, pero aún conservaba una textura resistente, como si hubiera sido cuidadosamente guardado por alguien. Al abrirla, Sofía pudo escuchar el crujir del papel envejecido. Dentro, encontró varios documentos amarillentos que se deslizaban onaba un misterioso viaje a la Antártida y un experimento secreto relacionado con un artefacto llamado "La Estrella de Hielo". Sofía sintió un escalofrío recorrer su espalda al leer la última parte, que hablaba de un poder capaz de alterar el clima del mundo. Sabía que ese hallazgo no era algo común, y una sensación de emoción y misterio comenzó a apoderarse de ella. Sin pensarlo mucho, llamó a sus amigos, Pablo y Ana, para compartir lo que acababa de descubrir. La curiosidad los impulsó a investigar más, convencidos de que este extraño hallazgo estaba a punto de llevarlos a una aventura más grande de lo que habían imaginado.

Sofía, con la carta en las manos, corrió hacia la mesa donde estaban sentados Pablo y Ana, quienes ya comenzaban a aburrirse con los libros que estaban hojeando. Al ver la expresión de su amiga, ambos se inclinaron hacia ella con interés. Sofía les mostró rápidamente la carta, y sus ojos se agrandaron al leer las palabras del Dr. Frost.

"¿La Estrella de Hielo?", preguntó Ana, frunciendo el ceño. "¿Qué será eso? Nunca había oído hablar de algo así."

Pablo, quien siempre había sido el más curioso del grupo, tomó la carta de las manos de Sofía y la leyó de nuevo en voz baja. A medida que avanzaba, sus ojos se llenaban de asombro. "Parece que este Dr. Frost trabajó aquí, en el colegio, mucho tiempo atrás. ¡Y habló de un artefacto que controla el clima!"

Sofía, sin poder ocultar su emoción, dijo con firmeza: "Esto no es una coincidencia. Algo muy grande está detrás de esto, y creo que debemos investigar más. Esta carta es solo el comienzo."

Los tres amigos intercambiaron miradas decididas. Aunque el colegio estaba lleno de rumores extraños sobre su historia, nada se comparaba a lo que acababan de descubrir. ¿Qué era realmente la Estrella de Hielo? ¿Por qué el Dr. Frost mencionaba en la carta que había planeado un viaje a la Antártida en busca de algo tan peligroso? La sensación de que estaban al borde de algo mucho más grande y misterioso que un simple proyecto escolar no los abandonó. El frío y silencioso misterio que envolvía la carta de 1953 parecía haber despertado algo dentro de ellos.

"Tenemos que averiguar más", insistió Pablo. "Vamos a buscar en otros archivos, preguntar a los profesores, lo que sea. Esto no puede quedar aquí."

Y así, decididos, los tres amigos comenzaron a hacer planes. Lo que había comenzado como una simple curiosidad escolar se transformaba rápidamente en una aventura que cambiaría sus vidas para siempre.



La advertencia de la directora

Esa misma tarde, después de descubrir la inquietante carta en la biblioteca, Sofía, Pablo y Ana decidieron hablar con la directora del colegio, la señora Sánchez. Sabían

que no podían quedarse con la información para ellos solos, y la directora era la persona más indicada para ayudarles a entender el misterio que acababan de desvelar. Cuando entraron en su oficina, la directora los recibió con una sonrisa amable, pero algo en su mirada cambió cuando Sofía mencionó el nombre del Dr. Frost.

La oficina de la directora era acogedora, llena de libros antiguos y adornada con recuerdos de su tiempo al frente del colegio. En la pared, colgaban fotos en blanco y negro de antiguos directores y fundadores del colegio. La señora Sánchez, con su cabello gris recogido en un moño ordenado, se acomodó en su silla detrás de un escritorio de madera, mientras los tres niños tomaban asiento frente a ella. Sofía sacó la carta y la colocó sobre la mesa, mientras comenzaba a explicarles lo que habían encontrado.

Sin embargo, al leer las primeras líneas de la carta, la directora dejó de sonreír. Su rostro se tornó serio, y sus manos temblaron ligeramente al tocar el papel. Un escalofrío recorrió la habitación. La atmósfera se volvió tensa, y los niños notaron que algo estaba mal. La señora Sánchez levantó la vista, y en su mirada había una mezcla de preocupación y algo más, algo que Sofía no logró identificar al principio.

"El Dr. Frost...", comenzó la directora, con la voz grave. "No debieron haber leído esto. El pasado de este colegio está lleno de secretos que deben permanecer enterrados. El Dr. Frost y sus investigaciones no son algo que deba ser recordado. Este colegio siempre ha estado vinculado a cosas que ni ustedes ni nadie debe entender."

La directora hizo una pausa, mirando a los tres niños con una expresión que decía más que sus palabras. "Les advierto que dejen esto aquí. No sigan indagando en el pasado. La Navidad de este colegio siempre ha sido más que una simple festividad, y hay cosas que mejor no descubran. No querrán saber lo que está en juego."

La advertencia de la directora dejó a Sofía, Pablo y Ana sorprendidos, pero también más decididos a descubrir la verdad. Aunque sus palabras parecían ser una advertencia, los niños sabían que algo mucho más grande se estaba gestando y que no podían detenerse ahora.

La directora permaneció en silencio por unos segundos, observando a los tres niños con una mirada firme, como si estuviera evaluando si seguir hablando o no. Finalmente, rompió el silencio, pero su tono ahora era más suave, casi suplicante.

"Les ruego que me escuchen con atención," dijo, su voz tensa. "El Dr. Frost fue un hombre brillante, sí, pero sus experimentos fueron peligrosos. El proyecto que inició en este colegio no era solo sobre ciencias, sino sobre algo mucho más oscuro. No me malentiendan, su trabajo en la Antártida parecía ser una investigación científica, pero pronto se desvió hacia territorios desconocidos, y sus consecuencias fueron más allá de lo que pudieron prever."

Los tres amigos intercambiaron miradas, sintiendo cómo una mezcla de miedo y curiosidad crecía dentro de ellos. La directora continuó, mirando ahora hacia el suelo, como si las palabras la pesaran.

“Hace muchos años, el colegio fue parte de una misión secreta. La Estrella de Hielo... no era solo un artefacto, sino una llave para algo mucho más grande. Algo que, si se desata, podría cambiar el curso de la historia. Les estoy hablando de poder, de control, y de una amenaza que, afortunadamente, fue detenida en su momento. Pero las huellas de ese pasado siguen aquí, entre nosotros.”

Sofía no pudo evitar interrumpir, su voz llena de inquietud: “¿Entonces, el Dr. Frost sigue siendo una amenaza? ¿Por qué nunca nos contaron sobre esto?”

La directora levantó la vista, su expresión ahora más grave que nunca. "Porque hay cosas que no deben ser reveladas. Si el Dr. Frost dejó algo aquí, en este colegio, es un legado que no queremos que se repita. Y aunque pueda parecer una historia de fantasía, lo que está en juego es muy real. Si deciden seguir investigando, no solo pondrán en peligro sus vidas, sino también las de aquellos que están cerca de ustedes."

Sofía, Pablo y Ana se miraron en silencio, sintiendo el peso de las palabras de la directora. La advertencia estaba clara: lo que empezaban a descubrir no solo tenía implicaciones para ellos, sino para todos en el colegio. Sin embargo, algo dentro de ellos les decía que no podían dar marcha atrás. La sensación de que estaban al borde de algo mucho más grande no los dejaba en paz. Con una mezcla de miedo y determinación, decidieron que seguirían adelante, sin importar los riesgos. El misterio del Dr. Frost los llamaba, y ahora sabían que no podían ignorarlo.

A pesar de la gravedad de las palabras de la directora, Sofía, Pablo y Ana no pudieron evitar sentir una creciente sensación de desafío. El misterio sobre el Dr. Frost y la Estrella de Hielo ahora les parecía mucho más grande de lo que habían imaginado. La directora había intentado asustarlos, pero algo en sus ojos les decía que la verdad estaba oculta bajo un manto de secretos que no podían dejar de explorar.

La directora observó sus rostros con una mezcla de frustración y preocupación, como si hubiera visto este tipo de reacción antes. Finalmente, suspiró profundamente y se levantó de su silla, caminando hacia una estantería de libros antiguos que se encontraba en la esquina de su oficina. Tras unos momentos de silencio, comenzó a hablar de nuevo, su voz menos firme, como si finalmente hubiera decidido compartir algo más con ellos.

"El Dr. Frost no actuaba solo," comenzó, mientras sacaba un libro grueso de una de las estanterías. "Había una red de personas que apoyaban sus investigaciones, y algunos de esos individuos aún están en el mundo. En los últimos años, varios intentos por localizar la Estrella de Hielo han fracasado, pero no duden que hay personas que aún quieren conseguirla. El poder que se encuentra en ese artefacto

es... peligroso, y mucho de lo que hizo el Dr. Frost sigue vivo en la memoria de quienes le siguieron."

Al colocar el libro en la mesa, la directora lo abrió con cuidado, mostrándoles una página amarillenta que contenía una foto en blanco y negro de un hombre de aspecto serio, vestido con un abrigo de explorador. La imagen estaba acompañada de una breve descripción: "Dr. Clarence Frost, científico y líder del Proyecto Polar, 1953".

"Este hombre," continuó la directora, señalando la foto, "fue responsable de la última gran expedición al continente antártico. Lo que encontró allí... lo que traía de vuelta, cambió el rumbo de todo. Nadie en el colegio nunca supo con certeza lo que ocurrió, pero hay quienes afirman que algo se desató en esa expedición. Algo que ni siquiera el Dr. Frost pudo controlar."

Los tres amigos se miraron, la incertidumbre creciendo en sus corazones. La historia del Dr. Frost estaba mucho más conectada con el presente de lo que habían creído, y ahora sabían que sus investigaciones sobre la Estrella de Hielo no solo eran parte de una historia de ciencia, sino de un misterio mucho más profundo y peligroso.

"Si desean seguir adelante," dijo la directora, levantándose de su silla, "tendrán que tener mucho cuidado. La curiosidad puede ser una gran aliada, pero también puede ser mortal. Lo que está oculto en este colegio no solo está vinculado con el pasado, sino con el futuro de todos nosotros."

A pesar de las advertencias, Sofía, Pablo y Ana se sintieron más decididos que nunca. La directora podía asustarlos todo lo que quisiera, pero no podrían detenerse ahora. La verdad, por inquietante que fuera, los llamaba, y el misterio de la Estrella de Hielo no descansaría hasta que lo resolvieran.



La búsqueda comienza

A la mañana siguiente, Sofía, Pablo y Ana se reunieron temprano en la entrada del Colegio San Alberto Magno, decididos a seguir con su investigación a pesar de las advertencias de la directora. La atmósfera estaba cargada de una mezcla de emoción y nerviosismo. Aunque la directora les había dejado claro lo peligroso que podría ser investigar más a fondo sobre la Estrella de Hielo, la curiosidad había tomado el control, y ya no podían retroceder. Sabían que el primer paso debía ser encontrar más pistas sobre el Dr. Frost, sus experimentos y su relación con la misión antártica de 1953.

"Tenemos que descubrir todo lo que podamos sobre el Dr. Frost antes de seguir adelante," dijo Sofía con determinación, mirando a sus dos amigos. "No podemos enfrentarnos a lo que está por venir sin conocer bien lo que pasó."

Pablo asintió con la cabeza, con los ojos brillando de emoción. "Primero, tenemos que hablar con los antiguos profesores del colegio. Ellos podrían saber algo. Quizá algunos de los más viejos se acuerdan de historias que nunca fueron contadas."

Ana, siempre práctica, miró alrededor del colegio. "Y también tenemos que revisar todos los archivos antiguos que encontremos. Si hay algo más, lo encontraremos ahí." Su mirada se posó sobre el edificio principal, cuya estructura antigua parecía guardar secretos en cada rincón.

El plan estaba claro: recorrerían el colegio y sus alrededores, preguntando a los profesores que habían estado en el colegio por más de 20 años, buscando documentos viejos en la biblioteca y cualquier otra pista que pudiera ayudarlos a descubrir qué ocurrió realmente con el Dr. Frost y la misteriosa Estrella de Hielo. Aunque sabían que estarían arriesgando mucho al meterse en una historia tan oscura, no podían dejar de sentir que estaban a punto de desvelar algo importante. Mientras avanzaban por los pasillos cubiertos de nieve, una sensación de inquietud los envolvía, pero también la certeza de que algo grandioso y peligroso les esperaba.

El primer lugar al que decidieron ir fue la antigua sala de profesores, un edificio adyacente al colegio que parecía atrapado en el tiempo. Las paredes de madera oscura, los cuadros de profesores antiguos colgados en las paredes y las estanterías llenas de libros y papeles amarillentos creaban una atmósfera misteriosa. Nadie solía ir allí a menos que fuera necesario, pero los tres amigos sabían que era el sitio ideal para empezar. Habían escuchado rumores de que algunos de los profesores más viejos aún guardaban recuerdos de los días en que el Dr. Frost estuvo involucrado en el colegio, antes de que la historia de sus experimentos se desvaneciera en el olvido.

Al llegar a la sala, se encontraron con el profesor González, un hombre de cabello canoso y gafas gruesas, que había sido parte del personal del colegio durante décadas. El profesor era conocido por su carácter reservado, pero también por ser un gran conocedor de la historia del colegio. Después de saludarlos brevemente, Sofía decidió ser directa.

"Profesor González," dijo con voz firme, "queremos saber más sobre el Dr. Frost y lo que ocurrió con él. Sabemos que estuvo aquí en los años 50, y creemos que algo importante está relacionado con el colegio. ¿Nos puede contar lo que sabe?"

El profesor la miró en silencio durante unos momentos, como si estuviera evaluando si debía compartir algo. Su rostro se suavizó ligeramente, pero sus ojos mostraban una mezcla de preocupación y desconfianza. Finalmente, suspiró y se sentó en su silla.

"El Dr. Frost... sí, estuvo aquí en aquellos años. Era un hombre brillante, pero muy obsesionado con sus investigaciones. Muchos de nosotros sospechábamos que algo no estaba bien con sus métodos. Se hablaba de su misterioso viaje a la Antártida, de la investigación secreta que estaba llevando a cabo sobre algo que él llamaba 'La Estrella de Hielo'. Pero en aquellos días, nadie se atrevió a cuestionarlo. Había demasiado poder en juego. Sabíamos que estaba haciendo cosas extrañas, pero preferimos no involucrarnos."

Sofía, Pablo y Ana escuchaban con atención. Cada palabra que el profesor decía parecía confirmar sus sospechas de que el Dr. Frost no solo había estado involucrado en la ciencia, sino que había estado trabajando en algo mucho más peligroso.

"¿Y qué pasó con él?" preguntó Ana, no pudiendo contener su curiosidad. "¿Por qué dejó de venir al colegio?"

El profesor González miró por la ventana, como si estuviera recordando algo doloroso. "Después de su regreso de la Antártida, el Dr. Frost desapareció. Nadie sabe a dónde fue, ni qué ocurrió exactamente con su investigación. Algunos dicen que su experimento salió mal. Otros creen que el artefacto que traía consigo tenía poderes mucho más peligrosos de lo que nadie imaginó. Desde entonces, el colegio cerró muchas de sus puertas a esas historias, y la directora... bueno, la directora ha hecho todo lo posible para que todo eso quede en el olvido."

Las palabras del profesor dejaron a los tres amigos en silencio, procesando lo que acababan de escuchar. Había más en esta historia de lo que nunca imaginaron, y ahora sabían que no podían dar marcha atrás. El misterio sobre el Dr. Frost estaba mucho más cerca de desvelarse, pero también les quedaba claro que lo que buscaban podía tener consecuencias mucho más grandes de lo que habían anticipado.



El mapa secreto

Después de su conversación con el profesor González, Sofía, Pablo y Ana se retiraron de la sala de profesores con el peso de las nuevas revelaciones sobre el Dr. Frost en sus mentes. Estaba claro que su investigación los estaba llevando por un camino oscuro, pero también les aseguraba que estaban cerca de descubrir algo crucial. Decidieron que la siguiente parada debía ser la biblioteca, donde ya habían encontrado la carta del Dr. Frost. Tal vez allí, entre las estanterías polvorientas, había más pistas ocultas que pudieran ayudarlos a entender lo que realmente ocurrió en la Antártida y qué relación tenía con la Estrella de Hielo.

Entraron en la biblioteca con una mezcla de emoción y precaución. El aire en el interior era fresco y quieto, y las luces de las lámparas daban un brillo cálido sobre los libros viejos. Los tres se dirigieron directamente a la sección de archivos antiguos, el lugar donde habían encontrado la carta en su primera incursión. Mientras buscaban entre los estantes, Ana tropezó con un libro particularmente grueso y pesado, que parecía fuera de lugar entre los demás. El título, cubierto de polvo, no era visible, pero al abrirlo, una hoja de papel cayó al suelo, como si hubiera estado esperando ser descubierta.

"¡Miren esto!" exclamó Ana, levantando el papel con cautela. Era un mapa, muy antiguo, que mostraba un paisaje helado con varios puntos marcados en él. A medida que lo extendieron sobre la mesa, pudieron ver que el mapa tenía una ruta trazada desde un punto indeterminado en la Antártida hasta un lugar marcado con una X en el sur del continente. Justo debajo de la X, estaba escrita una frase en latín: "Ad Astra, Finis Hiemalis". Pablo, quien había tomado latín en la escuela, tradujo rápidamente: "Hacia las estrellas, el fin del invierno."

Sofía observó el mapa con atención, su mente trabajando a toda velocidad. "Este mapa no es solo una ruta. Es una pista, la clave para encontrar lo que el Dr. Frost estaba buscando." Se quedó en silencio unos momentos, asimilando lo que eso significaba. "¡Este es el mapa hacia la Estrella de Hielo!"

La emoción invadió a los tres. Por fin tenían una pista concreta. El mapa los guiaba a un lugar en la Antártida, y la frase en latín sugería que la Estrella de Hielo no solo era un artefacto científico, sino algo mucho más misterioso y posiblemente más poderoso de lo que pensaban. Sin embargo, algo les decía que no sería fácil llegar hasta allí. Había demasiados secretos envueltos en esta búsqueda, y probablemente estaban a punto de adentrarse en un terreno mucho más peligroso de lo que podían imaginar.

Con el mapa extendido frente a ellos, el silencio en la biblioteca se hizo denso. Sofía, Pablo y Ana estudiaban cada detalle, cada marca y cada palabra escrita en el antiguo papel, sabiendo que lo que tenían entre las manos no era solo una simple carta o un documento olvidado. Era la clave de algo mucho más grande, algo que probablemente cambiaría sus vidas para siempre. La Antártida, el lugar marcado con la X en el mapa, parecía ahora más accesible que nunca, pero también más peligrosa.

"¿Qué significa exactamente 'Ad Astra, Finis Hiemalis'?", preguntó Ana, mirando a Pablo con una expresión intrigada. Aunque sabían que la traducción era clara, la interpretación parecía aún esquivada.

Pablo, concentrado, volvió a leer la frase en voz baja, y luego se giró hacia Sofía. "Hacia las estrellas... ¿eso no puede ser una metáfora? Quizás 'las estrellas' se refieren a algo más que un simple objeto físico, tal vez a una idea o un propósito."

Sofía asintió pensativa. "Es probable. Pero 'el fin del invierno'... eso suena como si indicara que el lugar que estamos buscando está relacionado con el clima, con el control del frío. Como si todo estuviera conectado con lo que el Dr. Frost investigaba."

Ana frunció el ceño. "Entonces, si el mapa realmente lleva a la Estrella de Hielo, ¿qué tipo de poder tiene este artefacto? ¿Qué buscaba el Dr. Frost en la Antártida? Si el artefacto tiene tanto poder sobre el clima, eso podría ser devastador."

"Lo sabemos," respondió Sofía, mirando el mapa con más determinación. "Por eso tenemos que ir, no podemos quedarnos con la duda. Este mapa podría ser la única forma de encontrar la verdad, y aunque haya peligro, tenemos que hacerlo. El Dr. Frost estuvo dispuesto a arriesgarlo todo para obtenerla, y eso significa que hay algo aquí que no podemos ignorar."

Los tres amigos compartieron una mirada de complicidad. A pesar de la advertencia de la directora, a pesar del miedo que comenzaba a crecer dentro de ellos, sabían que ya no podían dar marcha atrás. La Estrella de Hielo era real, y lo que el Dr. Frost había comenzado en la Antártida no podía quedar sin respuesta.

"Lo que encontramos aquí no es solo un misterio del pasado es algo que afecta al presente", agregó Pablo, mirando el mapa con una sensación de urgencia. "No podemos dejar que alguien más se adelante. Si descubrimos esto, tal vez podamos detener lo que él empezó..."

Con la resolución firme, los tres decidieron que debían prepararse para un viaje que podría ser mucho más peligroso de lo que jamás imaginaron. Pero algo en sus corazones les decía que este era solo el principio de algo mucho más grande. La verdad los llamaba, y no podían seguir ignorándola.



La decisión de partir

Después de escuchar las revelaciones de la señora Martínez, una mezcla de temor y determinación recorrió a Sofía, Pablo y Ana. La idea de viajar a la Antártida, un lugar tan remoto y desconocido, les helaba la sangre, pero también sabían que no había vuelta atrás. El Dr. Frost no solo estaba esperando despertar, sino que había estado planeando su regreso durante décadas. La señora Martínez, con una expresión grave pero decidida, les explicó que el artefacto de la Estrella de Hielo era real, y que, en su juventud, había sido testigo de algunos de los terribles experimentos que el Dr. Frost había realizado. “No entiendo por qué nunca se detuvo”, dijo la profesora, su voz cargada de nostalgia y culpa. “Pero ahora, ustedes son los que deben evitar que todo lo que él planeó se haga realidad.” Los niños asintieron, sus corazones

palpitando con fuerza mientras pensaban en lo que les esperaba. Sabían que, si no lo hacían, el futuro del mundo estaría en juego. Pero, antes de poder tomar una decisión final, la señora Martínez los miró detenidamente y, con una mirada casi maternal, les advirtió: “Si deciden seguir adelante, no esperen que todo sea fácil. El Dr. Frost ya ha comenzado a mover las piezas del tablero.”

La señora Martínez suspiró profundamente antes de continuar. “La fundación del colegio tiene un avión, uno que se ha mantenido en desuso durante años. Es el único medio de transporte que podría llevarlos hasta la Antártida. Pero debo advertirles, la fundación nunca ha aprobado su uso. Y mucho menos para algo como esto.” Su voz, aunque firme, reflejaba la preocupación que sentía por ellos. Los tres amigos intercambiaron miradas, sus mentes trabajando a toda velocidad, evaluando las opciones. El riesgo era monumental, pero el peso de la responsabilidad era aún mayor.

Sofía, que normalmente era cautelosa, fue la primera en hablar. “Si realmente vamos a hacer esto, necesitamos asegurarnos de que estamos preparados para lo que sea que encontremos allí.” Pablo asintió, aunque su rostro mostraba un dejo de incertidumbre. “No solo el Dr. Frost es un peligro, sino todo lo que pudo haber dejado atrás.” Ana, en cambio, se mostró más decidida. “Lo que sea que encontremos, lo enfrentaremos. Ya hemos llegado demasiado lejos para detenernos ahora.”

La señora Martínez los miró, visiblemente impresionada por su valentía, pero también preocupada. “Aun así, debo pedirles que consideren con seriedad lo que esto implica. Las tormentas en esa región no son naturales, y si el Dr. Frost está de alguna forma controlando el clima, será mucho más peligroso de lo que puedan imaginar.” Sus palabras fueron como un peso adicional, pero no lograron desanimar a los niños. Sabían que no podían retroceder. El destino del mundo estaba ahora en sus manos.



El viaje hacia lo desconocido

El vuelo hacia la Antártida fue una experiencia desconcertante. Desde el momento en que despegaron del colegio, las tensiones aumentaron. La aeronave, que había estado guardada durante años, emitía ruidos extraños cada vez que las turbinas se aceleraban, como si también estuviera resucitando de un largo sueño. A medida que avanzaban hacia el sur, el clima se tornaba más severo. El cielo, antes despejado, comenzó a nublarse rápidamente, cubriendo el horizonte con un gris ominoso. Las primeras ráfagas de viento helado hicieron que los pasajeros se acurrucaran en sus asientos, tratando de encontrar algo de calor en medio del frío palpable. Sofía, mirando por la ventana, vio cómo la nieve se levantaba en espirales que parecían desafiar la gravedad. “Esto no parece normal”, murmuró, con los ojos muy abiertos. “¿Estamos ya cerca de la Antártida?”

Pablo asintió, observando las tormentas que se desataban de forma impredecible. “No sé si esto es solo el clima antártico... o si algo más está causando este caos”, dijo, su tono tenso. La señora Martínez, sentada al frente, parecía absorta en los mapas y coordenadas, pero sus dedos, que corrían por las líneas del mapa, mostraban una ligera temblorosa preocupación. “Estamos en territorio peligroso. La naturaleza aquí puede ser impredecible, pero estas tormentas... no son naturales”, añadió, sin apartar la vista de la carta de navegación. Los tres niños se miraron, sintiendo una creciente inquietud en el aire. Algo o alguien estaba jugando con las reglas de la naturaleza, y no parecía tener la intención de dejarlos pasar tan fácilmente.

Con cada kilómetro que avanzaban, la sensación de aislamiento se intensificaba. El aire se volvía más denso y las temperaturas caían vertiginosamente, hasta que la calefacción de la aeronave comenzó a luchar contra el frío exterior, sin poder mantener el calor por completo. Sofía se abrazó a sí misma, buscando algo de confort en medio de la incomodidad. A través de la ventanilla, pudo ver cómo las olas de nieve se levantaban, como si fueran gigantescos fantasmas blancos danzando en la tormenta. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. “Es como si el hielo estuviera vivo”, dijo en voz baja, sin poder apartar los ojos de la tormenta que azotaba la parte delantera del avión. Pablo, a su lado, frunció el ceño, observando las extrañas luces que, por un instante, parpadearon en el horizonte. Parecían destellos fugaces, como si alguien estuviera encendiendo y apagando luces a lo lejos, en medio de la nevada implacable. “¿Vieron eso?” preguntó, su voz llena de una mezcla de curiosidad y temor. Ana, que había estado mirando el mapa con atención, levantó la mirada. “Lo vi también. Pero no puede ser... estamos demasiado lejos de cualquier base o estación.” La señora Martínez, al oír sus voces, se giró en su asiento. “Esas luces no son naturales. Y esos destellos, mucho menos. Algo o alguien está allí, esperándonos. Manténganse alerta.”



El descubrimiento de la base secreta

Después de varios días de viaje, finalmente llegaron a una región desolada donde el paisaje se extendía en vastas llanuras de hielo. La visibilidad era mínima, con la tormenta arremetiendo contra ellos, pero, a través de la ventisca, comenzaron a distinguir una formación montañosa cubierta por una capa espesa de nieve. Sofía, Pablo y Ana miraron a través de las ventanillas del avión, tratando de identificar cualquier señal de vida o estructura en el desierto helado. Entonces Ana, con los ojos entrecerrados, señaló hacia el horizonte. "¡Allá! ¡Algo se asoma entre la nieve!" La aeronave comenzó a descender lentamente, y, conforme se acercaban, la silueta de una antigua base comenzó a emerger, como un vestigio olvidado del pasado. La estructura estaba medio enterrada bajo capas de hielo, como si la nieve hubiera intentado esconderla del mundo. Una puerta metálica oxidada y desgastada, cubriéndola en parte, apenas era visible entre las montañas de nieve. Al aterrizar, el grupo salió del avión, el aire gélido les cortaba la piel al instante. La base, aunque abandonada, parecía aún intacta, como si los ecos de un tiempo lejano se pudieran escuchar en sus paredes congeladas. "Este lugar... no es natural", murmuró Pablo, mientras miraba alrededor con cautela. "Es como si estuviera esperando ser encontrado."

Al acercarse a la entrada, el grupo notó que la base parecía haber sido abandonada por mucho tiempo. La puerta metálica, aunque parcialmente congelada, mostraba signos de haber sido abierta recientemente, con marcas de rasguños y abolladuras que indicaban que alguien había intentado forzarla. Sofía, con una linterna en mano,

avanzó hacia la entrada y empujó con fuerza. La puerta chirrió, protestando contra la fricción del hielo y la herrumbre, hasta que finalmente cedió. Al entrar, una ola de aire frío y estancado los golpeó, como si el lugar hubiera estado sellado durante décadas. El interior estaba oscuro y silencioso, salvo por el eco de sus propios pasos. Las paredes estaban cubiertas por una capa de polvo y hielo, y los pasillos se extendían en direcciones inciertas, llenos de equipos oxidados, cables caídos y papeles dispersos. En una de las salas principales, un antiguo generador, cubierto de nieve, seguía allí, aunque no estaba encendido. Pablo se agachó y tocó el suelo, donde las huellas de nieve aún eran visibles, como si alguien hubiera caminado por allí no hacía mucho tiempo. "¿Quién más podría estar aquí?" preguntó, mirando a sus amigos con una mezcla de desconcierto y preocupación. La respuesta a esa pregunta parecía estar justo frente a ellos: una serie de documentos en una mesa, con símbolos y anotaciones que hablaban de experimentos con el clima, control atmosférico y un artefacto denominado "La Estrella de Hielo". Sofía tomó uno de los papeles con manos temblorosas, reconociendo el nombre que temían: Dr. Frost.



La revelación del Dr. Frost

El aire en el sótano oculto de la base era frío y denso, como si el tiempo mismo se hubiera detenido en ese lugar. El grupo, con el corazón acelerado y el aliento suspendido, se acercó lentamente a la cápsula congelada que descansaba en el centro de la sala. A través del cristal helado, pudieron ver una figura humanoide, envuelta en lo que parecía ser una capa de hielo espeso. La figura estaba completamente inmóvil, como una estatua congelada en el tiempo, pero algo en su presencia les helaba la sangre. Sofía fue la primera en acercarse, su mano temblando mientras tocaba el hielo, como si temiera romper la barrera que separaba al extraño ser del mundo exterior. "¿Es él? ¿El Dr. Frost?" murmuró, con una mezcla de asombro

y terror. Ana, sin dejar de observar, se adelantó y, con una expresión seria, añadió: “No puedo creer que haya sobrevivido todo este tiempo...”. Pablo, por su parte, no pudo evitar un escalofrío que recorrió su espalda al imaginarse la oscuridad que había rodeado a esa figura durante años. Sin embargo, la señora Martínez, con una calma sorprendente, observó los detalles del laboratorio. “Lo que hicieron aquí... no fue solo una cuestión de congelar a alguien. Estaba experimentando con el tiempo mismo. No es solo un hombre, es el resultado de años de obsesión, de intentar controlar lo incontrolable.” Mientras hablaba, la cápsula comenzó a vibrar levemente, como si el Dr. Frost estuviera respondiendo a algo que había sido activado, o quizás a algo mucho más peligroso que aún no comprendían.

Mientras la cápsula de hielo comenzaba a vibrar levemente, los ojos de los niños se agrandaron, y un miedo palpable llenó la sala. El sonido que emanaba del interior de la cápsula era bajo y creciente, como un susurro inquietante que se hacía más fuerte con cada segundo. La figura dentro de la cápsula parecía moverse, aunque solo fuera por un pequeño giro de la cabeza, como si estuviera despertando lentamente de un largo sueño. Sofía dio un paso atrás, su corazón latiendo con fuerza, pero no podía apartar la vista de esa figura misteriosa. Fue entonces cuando, con un crujido helado, la cápsula comenzó a descongelarse, liberando una niebla espesa que envolvía todo a su alrededor, como si el aire mismo estuviera siendo absorbido por el frío. Con un suspiro profundo y espeso, la figura de Dr. Frost emergió finalmente, su piel pálida y sus ojos nublados por el sueño congelado. Cuando sus ojos se abrieron, brillaron con una intensidad inhumana, como si cada parpadeo estuviera cargado con siglos de desesperación. Su voz, rasposa y fría, cortó el silencio como un cuchillo: “¿Han venido a interrumpir mi obra? He esperado tanto... el invierno eterno está cerca, y nadie podrá detenerme”. Los niños, paralizados por la magnitud de lo que veían, intentaron reaccionar, pero el aire alrededor de ellos parecía volverse más denso, casi como si el frío que emanaba del Dr. Frost los estuviera paralizando.

El Dr. Frost se mantuvo quieto por un momento, su mirada fija en los niños como si estuviera evaluándolos, como si los viera por primera vez después de una eternidad. Su respiración era pesada, cada inhalación un sonido profundo y arrastrado, como si la niebla misma fuera su aliento. La atmósfera a su alrededor se volvía más fría con cada palabra que pronunciaba, hasta el punto de que el aliento de los niños comenzaba a volverse visible, suspendido en el aire. Con una leve sonrisa, más parecida a una mueca, el Dr. Frost dio un paso hacia ellos. “¿Creen que pueden detener lo que ya está en marcha?”, dijo, su voz profunda y resonante, llenando el espacio con un eco que parecía emanar de las paredes mismas. “He dedicado toda mi vida a la creación de la Estrella de Hielo, un artefacto que controlará el clima del planeta. Nadie podrá escapar de un invierno eterno, no importa lo que hagan.” Sus ojos brillaban con una intensidad casi cegadora, reflejando una obsesión perturbadora. Sofía, a pesar del miedo, levantó la voz, intentando mantenerse firme. “¡No dejaremos que hagas eso! El mundo no puede vivir en un invierno eterno, no podemos dejar que sigas con tus planes.” El Dr. Frost la miró con desdén, una risa fría escapando de sus labios, como si la idea de enfrentarse a ellos fuera algo trivial.

“¿Lo ven? Siempre hay héroes, siempre hay quienes creen que pueden salvarlo todo. Pero yo soy la única salvación, la única forma de asegurar la supervivencia del mundo. No entienden nada. El frío lo purificará todo. El mundo es corrupto, y yo seré quien lo salve. El invierno eterno es la única solución.”

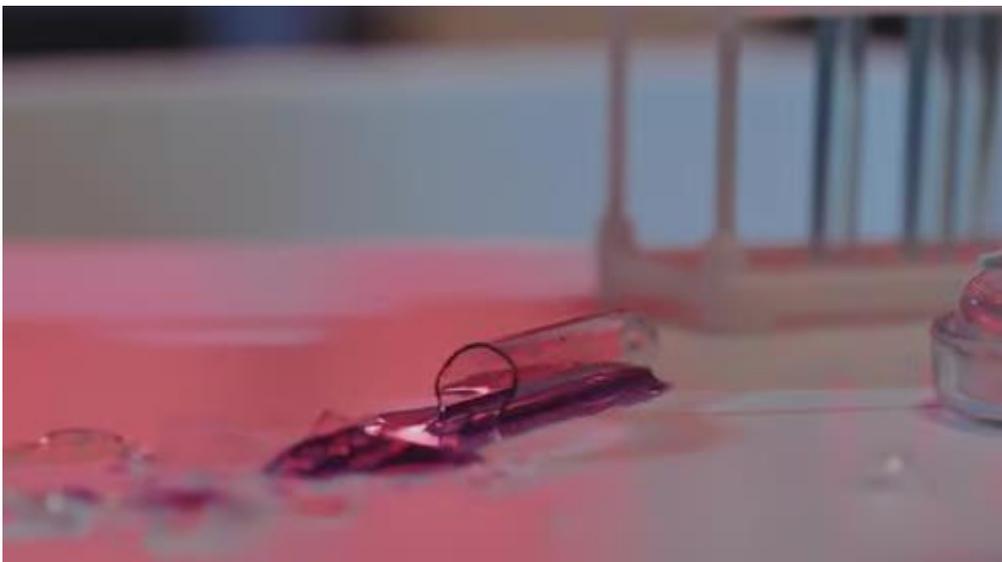


La batalla en el laboratorio

El aire en el laboratorio central de la base secreta se había vuelto insoportable, cargado de una frialdad intensa que atravesaba los huesos. Las paredes, recubiertas de hielo y cristal, reflejaban la luz tenue de las linternas de los niños, creando sombras danzantes que parecían moverse por sí solas, como si el mismo espacio estuviera vivo. En el centro, la Estrella de Hielo brillaba con una luz fría y deslumbrante, el artefacto que Dr. Frost había estado esperando activar durante décadas. El sonido del viento gélido se filtraba por las rendijas de la base, creando un zumbido constante que acompañaba el rugido de las tormentas fuera de la estructura. Los niños sabían que el tiempo se les escapaba. Si no lograban desactivar el artefacto, la tierra entera sería sumida en un invierno eterno, y no habría vuelta atrás. La señora Martínez, con un semblante grave, les indicó que se acercaran a la consola de control que estaba frente al artefacto. Los botones brillaban, pero no era fácil saber cuál era el correcto. “Tenemos que actuar rápido”, dijo, su voz firme a pesar del peligro inminente. “Si tocamos el botón equivocado, el sistema podría sobrecargarse y liberarse una tormenta aún más destructiva.” Pablo asintió, mirando la consola con nerviosismo, mientras Sofía y Ana se acercaban al núcleo de la máquina, observando cada detalle con atención. Pero, al instante, el suelo tembló y una ráfaga de viento helado arremetió contra ellos, empujándolos hacia atrás. El Dr. Frost, con una sonrisa cruel en su rostro, apareció en la entrada del laboratorio, caminando hacia ellos lentamente, sus pasos resonando con eco. “¿Pensaron que podían detenerme tan fácilmente?”,

dijo, su voz impregnada de un hielo mortal. "Este es el comienzo del verdadero invierno. No tienen idea de lo que están enfrentando."

El Dr. Frost avanzó hacia ellos con paso firme, como si ya estuviera seguro de su victoria. A su alrededor, la temperatura seguía cayendo, y el aire se volvía más denso, como si el frío se hubiera materializado en una niebla que intentaba envolverlos. Sofía, con los dedos congelados por el frío extremo, miró rápidamente la consola de control. Sus ojos recorrieron cada botón y palanca, buscando algo que indicara cómo detener el sistema. De repente, vio una pequeña pantalla que parpadeaba débilmente. Era un código, pero no entendía qué significaba. Ana se acercó y, mirando los símbolos, dijo: "Es un sistema de protección. Parece que sólo un código especial puede detener el artefacto." "¿Un código?", preguntó Pablo, mirando alrededor con desesperación. "¿Y cómo lo conseguimos?" La señora Martínez, con la mirada fija en el Dr. Frost, se adelantó y comenzó a examinar la consola con más detalle. "No tenemos mucho tiempo", dijo, mirando con aprensión los cables y el complejo sistema de seguridad que rodeaba el artefacto. De repente, un estruendo sacudió la base, y el Dr. Frost comenzó a reír, su risa resonando en las paredes como un eco helado. "¡Nadie puede detenerme!" exclamó. "El invierno ha comenzado, y es demasiado tarde para salvar a este mundo. La Estrella de Hielo está conectada con cada rincón del planeta. Incluso si logran desactivar la máquina, no podrán detener lo que ya se ha desatado." Sofía y Pablo intercambiaron una mirada de desesperación, pero la determinación brillaba en sus ojos. Sabían que no podían rendirse, no cuando el destino del mundo estaba en sus manos.



La navidad salvada

El regreso al Colegio San Alberto Magno fue silencioso, casi como si el aire mismo hubiera sido transformado por el sacrificio y el miedo que habían vivido en la Antártida. El avión, finalmente aterrizando en el pequeño aeropuerto cercano, parecía flotar sobre un paisaje cubierto por una capa de nieve que ya no parecía tan aterradora. Los tres amigos, aún con las manos temblorosas y el corazón acelerado, se miraron en silencio. Habían salvado al mundo, sí, pero el peso de lo que habían vivido parecía estar grabado en sus rostros. Al caminar por el campus, los árboles decorados con luces navideñas y las sonrisas de los profesores y compañeros de clase les parecían ahora más cálidas que nunca. La Navidad, aunque aún llena de magia, se sentía diferente, como si un velo de calma hubiera caído sobre el lugar. En el hall del colegio, una gran sonrisa de bienvenida los esperaba. La directora, la señora Sánchez, se acercó a ellos con los ojos brillando de orgullo, pero también de una profunda gratitud. "Lo han hecho, han salvado la Navidad", les dijo, abrazándolos con fuerza. "No solo la Navidad del colegio, sino la del mundo entero." Los tres amigos, agotados pero felices, se abrazaron entre sí, sabiendo que, aunque el Dr. Frost había sido derrotado, el verdadero regalo de la Navidad no era solo la paz que habían traído, sino el haberlo hecho juntos, como un equipo, enfrentando un enemigo mucho más grande de lo que jamás imaginaron.

La escuela, que antes había parecido un lugar sencillo, ahora les parecía llena de magia y esperanza. Las luces del árbol principal del patio brillaban con un resplandor más cálido, como si reflejaran la luz de la valentía de los niños. Los compañeros de clase se reunían alrededor de ellos, deseándoles felicidades y preguntándoles sobre su aventura, aunque muchos no sabían aún la magnitud de lo que realmente había sucedido. Los tres amigos se miraron entre sí, sintiendo una mezcla de cansancio y satisfacción. Habían vivido algo que jamás imaginarían contar a sus compañeros, pero sabían que había sido mucho más que una simple historia. Mientras las campanas de la iglesia cercana comenzaron a sonar, anunciando la llegada de la Navidad, un sentimiento profundo de alivio los invadió. Habían salvado no solo a su colegio, sino al mundo entero. La gente del pueblo comenzó a llegar para las celebraciones de la Navidad, con los rostros iluminados por la alegría de estar juntos, en paz. Los niños, por su parte, decidieron guardar el secreto de la Estrella de Hielo, sabiendo que algunos misterios, por más grandes que sean, deben permanecer en silencio. Sin embargo, en sus corazones sabían que siempre estarían unidos por lo vivido, por la valentía compartida y la certeza de que la Navidad, la verdadera Navidad, no se trata solo de regalos, sino de la fuerza que se encuentra en los amigos, en la lucha por lo correcto, y en la esperanza de un futuro mejor.



Un futuro lleno de posibilidades

Años después, el Colegio San Alberto Magno nunca olvidó la Navidad en la que todo estuvo en juego. Aunque los detalles de la aventura de Sofía, Pablo y Ana quedaron guardados como un secreto compartido entre ellos, el eco de su valentía resonó en cada rincón del colegio. Los tres amigos crecieron, pero su amistad se mantuvo firme, un vínculo indestructible forjado en la lucha por algo mucho más grande que ellos mismos.

El Dr. Frost y la Estrella de Hielo habían quedado atrás, pero las lecciones que dejaron eran claras: la verdadera magia de la Navidad no radicaba en los adornos ni en los regalos, sino en la capacidad de las personas para unirse en tiempos de necesidad,

en el coraje de enfrentarse a lo desconocido, y en la esperanza que nunca debe perderse, incluso cuando el futuro parece incierto.

Sofía, Pablo y Ana siguieron sus caminos, cada uno tomando diferentes rumbos en la vida, pero siempre con la misma determinación que los había impulsado en su juventud. Sofía se convirtió en climatóloga, inspirada por su experiencia, y pasó su vida trabajando en proyectos que buscaban entender mejor el clima de la Tierra y evitar que algo como lo que vivieron sucediera nuevamente. Pablo siguió su pasión por la ingeniería y, años más tarde, diseñó innovadores sistemas de energía renovable, con la esperanza de que su trabajo pudiera ayudar a mitigar los efectos del cambio climático. Ana, por su parte, encontró su vocación en la docencia y, con el tiempo, volvió al colegio como profesora, transmitiendo su amor por el conocimiento a las nuevas generaciones, y especialmente su creencia en la importancia de la valentía y la curiosidad para cambiar el mundo.

Cada Navidad, los tres se reunían, ya adultos, en su antiguo colegio. La nostalgia de aquellos días de aventuras les llenaba el corazón de gratitud, y siempre terminaban mirando las estrellas, recordando cómo el frío de un invierno eterno había sido vencido por el calor de su amistad. Y aunque el misterio de la Estrella de Hielo permaneció oculto para siempre, sabían que la magia de aquel tiempo les había enseñado a creer en lo imposible y a luchar por lo que era justo.

Así, con el paso de los años, el Colegio San Alberto Magno siguió siendo un lugar especial, lleno de historias y misterios. Pero, sobre todo, siguió siendo un lugar donde los sueños podían hacerse realidad, y donde, cada Navidad, se celebraba no solo la paz, sino el poder transformador de la amistad y la valentía.

